

PA —  
LA —  
BRAS —  
**MA —**  
**YO —**  
**RES .**

# Cuentos andinos

Ciro Alegría

Celso Emilio Ferreiro

Antonio Di Benedetto

José María Arguedas

Arturo Uslar Pietri



---

Cuentos andinos / Ciro Alegría ... [et al.]; compilado por Mercedes Calero. -1a ed.- Buenos Aires: Factotum Ediciones, 2023; Madrid: Editorial Popular, 2020.

112 p.; 22 x 15 cm. - (Palabras Mayores)

ISBN 978-987-4198-41-9

1. Narrativa en Español. 2. Cuentos. I. Alegría, Ciro.

II. Calero, Mercedes, comp.

CDD 863

---

© Factotum Ediciones, 2023

Roseti 782 (1427)

Buenos Aires, Argentina

[www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)

[info@factotumediciones.com](mailto:info@factotumediciones.com)

© Editorial Popular, 2002, 2023

C/Doctor Esquerdo, 173 6º Izda.

Madrid, España

[www.editorialpopular.com](http://www.editorialpopular.com)

Coordinación editorial: Fernando Ozón

Prólogo: Hugo Salas

Corrección: Malén Vazquez

Diseño de tapa y armado de interiores: Fernando Ozón

Vectores de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-4198-41-9

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Prólogo

Alto, inaccesible, y aun así hollado por los pies de los hombres hace ya muchos siglos, el paisaje de los Andes se erige ante la imaginación como un prodigio en sí mismo, un espacio a mitad de camino entre la geografía natural y el esplendor mítico, entre el aire límpido y diáfano de las altas cumbres y la vista limitada por las nubes que las circundan. Tal vez por la orgullosa resistencia de sus pobladores originarios a la avanzada de ultramar, la región nunca ha dejado de ser del todo quechua, nunca se ha integrado por completo a la América hispánica. En la región andina, vacilan las categorías y las formas de occidente.

Allí transcurren los cuentos que componen este volumen y nos ofrecen una apretada síntesis de las principales historias y fantasías que se labran a su alrededor,

tanto por parte de sus pobladores como desde otros puntos del planeta. Las formas en que se piensa la región andina, desde luego, son inseparables de esa idea mayor y fragmentaria que es América Latina, siempre sujeta a las revisiones del momento histórico, las coyunturas sociales y ante todo los intereses económicos de la época.

Abre el volumen un relato del político y periodista peruano Ciro Alegría, que hace foco en una de las condiciones fundamentales de la conformación regional: el mestizaje. En esta pequeña historia de un niño blanco con sangre originaria por parte de su madre que realiza un breve trayecto junto a un guía indio latén, en apretada síntesis, distintos elementos que desde las *Crónicas Reales* del mismo Inca Garcilaso de la Vega hacen al meollo de los discursos sobre los Andes, con su constante contradicción entre los elementos de clase, el culto y la religión.

Siguen a éste dos relatos “desde afuera”, dos miradas externas al paisaje de los Andes. El primero, del autor español y galleguista Celso Emilio Ferreiro, reproduce con notable exactitud buena parte de los imaginarios que desde la época de la colonia la tradición hispánica despliega sobre el “nuevo” continente: la noción de una tierra de nadie, hecha al lucro, signada por el analfabetismo y una ausencia del imperio de la ley que, paradójicamente, permite se enmienden algunas de las

más tradicionales inequidades de los sistemas sociales “tradicionales”.

Desde una perspectiva distinta, Antonio Di Benedetto despliega sobre la zona sur de los Andes una historia totalmente singular, probablemente de las más originales que pueda leerse en la producción de su época, a mitad de camino entre la fábula y la picaresca. El avance de este relato extraño, que hace de un gato y un loro sus personajes sin necesidad de antropomorfizarlos, se destaca por la abigarrada integración de elementos provenientes de tradiciones tan diversas como las que se entrecruzan sobre el paisaje de la región.

Volviendo a los escritores de la región, la antología nos propone un relato que sorprende por el peculiar entrecruzamiento del registro etnográfico y su sensibilidad. El cuento del peruano José María Arguedas no solo ensaya, como en el resto de su producción, una literatura no-española escrita en español, sino que abre la relación entre las personas y los animales a un régimen totalmente distinto del que imponen las coordenadas de occidente. Su bello relato cobra, además, otra dimensión en el marco de las actuales discusiones del pensamiento neo-materialista.

Por último, cierran la selección tres relatos del venezolano Arturo Uslar Pietri, que vuelven sobre la tensa coexistencia de los elementos de tradición y modernidad,

naturaleza y “civilización”, pueblos originarios y criollos hispánicos en la región andina. Su producción, atenta a las condiciones y el funcionamiento de la violencia, sorprende siempre por el inusual ángulo de su perspectiva, y su magistral dominio de la lengua.

Hugo Salas



# La ofrenda de piedra

Ciro Alegría

Los árboles fueron empequeñeciéndose a medida que la cuesta ascendía. El caminejo comenzó a jadear trazando curvas violentas, entre cactus de brazos escuetos, achaparrados arbustos y pedrones angulosos. Los dos caballos resoplaban y sus jinetes habían callado.

Un silencio más profundo que el de los hombres enmudecía las laderas. De cuando en cuando, pasaba el viento haciendo chasquear los arbustos, bramando en los pedrones. Las ráfagas eran solo una avanzada del persistente ventarrón de la puna. Al cesar después de una breve lucha con las ramas y los riscos, dejaban una gran cauda de silencio. El rumor de las pisadas de los caballos, arrastrándose apenas entre las patas, aumentaba ese alto silencio hecho de inmensidades de piedra.

Camino arriba, ya no hubo siquiera arbustos ni cactus. Las rocas se dieron a crecer. Ampliábanse en lajas



cárdenas y plomizas, tendidas como planos inclinados hacia la altura. Alzábanse verticalmente en peñas prietas que remedaban inmensos escalones. Contorsionábanse en picachos aristados que herían el cielo tenso. Esparcíanse en pedrones que semejaban bohíos vistos a distancia. Superponíanse en muros de un inmenso cerco del infinito. Donde había tierra, crecía tenazmente la paja brava llamada ichu. Eran una tregua del roquerío, los retazos de pajonal. En su color gris amarillento se arremansaba el relumbrón del sol.

Si algún pedrusco rodaba del sendero, seguía dando botes por la pendiente, a veces arrastrando a otros en su caída, hasta desaparecer en impasibles abismos.

El resuello de caballos y jinetes empezó a congelarse, formando nubecillas blancuzcas que desaparecían rápidamente en el espacio.

Los hombres sentían el frío en la piel erizada, pese a la gruesa ropa de lana y los tupidos ponchos de vicuña. El que iba delante volvió la cara y dijo, sofrenando su caballo:

—¿No le dará soroche, niño?

Quería, en realidad, preguntar: “¿Se siente usted capaz de resistir la altura?”. El interpelado respondió:

—Con mi papá he subido hasta el Manan. Sigue...

El otro ojeó entonces el camino que pugnaba por subir y picó espuelas. Las rodajas se hundieron en los ijares y el caballo dio un salto, para luego avanzar entre un crujido

de guijarros. El alazán que lo seguía se retrasó un tanto, pero acabó por apresurarse también, espoleado por el muchacho, llegando a acompañar el rumor de los cascos junto al primero.

El hombre que iba de guía era un indio viejo, de impenetrable cara. Bajo el sombrero de junco, cuya sombra escondía un tanto la rudeza de su faz, los ojos fulgían como dos diamantes negros incrustados en piedra. Quien lo seguía era un niño blanco, de unos diez años, bisoño aún en largos viajes por las breñas andinas, razón por la cual su padre le había asignado el guía. Camino del pueblo donde estaba la escuela, tenían que pasar por tierras crecidas en soledad y altura.

Que el niño era blanco decíase por el color de su piel, aunque bien sabía él mismo que por las venas de su madre corrían algunas gotas de sangre india. Ella era hermosa y dulce y la raza nativa se le anunciaba en la mata abundosa y endrina del cabello, en la piel ligeramente trigueña, en los ojos de una suave melancolía, en la alegría y la pena contenidas por una serenidad honda, en la ternura salida a las manos dadivosas y la voz acariciante.

Así es que el niño blanco no lo era del todo, y más por haber vivido siempre entre dos mundos. El mundo blanco de su padre y los familiares de este, y el mundo de su madre y el pueblo peruano de los Andes del Norte, aglutinación confusa hasta no poderse hacer cuenta

de raza según la sangre y el alma. Con todo, el niño era considerado blanco debido a su color y también por pertenecer a la clase de los hacendados, dominadora del pueblo indio durante más de cuatro siglos.

El muchacho caminaba tras el viejo sin tomar en cuenta, poco ni mucho, que le estaba haciendo un servicio. A lo más podía considerar, con absoluta naturalidad, que eso era parte de su deber de indio. Pero tampoco se ocupaba de considerarlo así. Estaba completamente acostumbrado a que los indios le sirvieran. En esos momentos, pensaba en la pregunta del guía. Ciertamente que había subido con su padre hasta el Manan, cerro de su hacienda que le llamara la atención debido a que amanecía nevado una que otra vez. Pero esas montañas que ahora estaban remontando eran evidentemente más elevadas y acaso el soroche, el mal de la puna, lo atenazaría cuando estuvieran en las cumbres gélidas.

Una sensación de soledad crecía como los cerros. Hacía cinco horas que caminaban y tres por lo menos que dejaron los últimos bohíos. El indio, que de amanecida y mientras cruzaban por un valle oloroso a duraznos y chirimoyas, le fue contando entretenidas historias, se calló al tomar altura, tal vez contagiado del silencio de la puna, acaso porque más le interesaba contemplar el panorama. Los ojos del viejo no hacían otra cosa que avizorar los horizontes, el cielo

amplísimo, los cañones abismales. El muchacho miraba también, sobre todo a las alturas. ¿Dónde estaría la famosa cruz?

Al doblar la falda de un cerro, tropezaron con unos arrieros que conducían una piara de mulas cansinas, las que prácticamente desaparecían bajo enormes cargas. Los fardos olían a coca y algunos estaban cubiertos por las frazadas que los arrieros usarían en la posada. Los vivos colores de las mantas daban pinceladas de júbilo a la uniformidad gris de las rocas y pajonales.

—Güenos días, cristianos —saludó el guía indio.

Los arrieros contestaron:

—Güenos días les dé Dios...

—Ave María Purísima...

—Güenos días...

Guía y niño cruzaron con dificultad entre la apretada piara, pues no sobraba anchura en el camino ganado a las peñas. Sobre una de las mulas, en el vértice de dos fardos, lucía una piedra grande, netamente azulada, casi lustrosa.

—Piedra de devoción —acotó el guía con naturalidad y el niño la miró sin sorpresa.

De no saberse que una fervorosa devoción estaba de por medio, la tarea de cargar con tal piedra habría parecido inconcebible. Era hermosa, pero también muy pesada. Aumentando la acostumbrada carga, soportábala una robusta mula.



**¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?**

**Podés adquirirlo en [www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)  
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones  
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?



Factotum Ediciones



@factotumed